

Sor Magdalena Morano, beata



En una familia pobre, honrada y cristiana, nació Magdalena el 15 de noviembre de 1847. Papá Francisco muere en 1854 consumido por una pulmonía. Siempre se ha padecido pobreza. Ahora se presenta la miseria. Muere también Francisca, la hija mayor. Mamá llora. Magdalena con sus ocho años le dice: “No llores, mamá. Yo te ayudaré”

Magdalena cumple diez años, y en su vida suceden tres acontecimientos. Recibe la primera comunión, asiste a la muerte de su hermanito José (de siete años), comienza a hacer de “maestrira” en la escuela de la maestra Rosa Girola. Rosa está contenta de esta alumna suya, que es emprendedora y, cuando es necesario, seria. Y en aquella clase tan plural como es la suya le confía los alumnos más pequeños para que los siga en sus deberes escolares y en sus juegos. A Magdalena le resulta fácil suscitar el interés de los niños, que se le aficianan y confían totalmente en ella. Se siente feliz y piensa: “Sería bonito ser maestra”.

1864: Magdalena vive por primera vez una extraña experiencia: se siente rechazada. Quizá ha sido preferida a una maestra del lugar, y la gente chismosa no perdona. Está desconcertada, pero encuentra una solución que usará durante toda su vida: se pone a vivir totalmente para los niños, ignorando a los demás. Los niños no saben de chismes y de líos. Y se dan cuenta de quién los quiere. Bondad serena, atención afectuosa a todos, animación, alegría. Enseguida se le aficianan, como lo harán cuantos niños encuentre en su vida. Y detrás de los niños, vienen las madres, las familias, el pueblo que la respetará como “la señorita maestra” durante doce años.

La “maestrira” vive una recia vida interior, basada sobre el encuentro diario con Dios: comunión y vía crucis cada día; servicio a la comunidad parroquial en clases de catecismo, asociaciones, asistencia, pobreza personal para poder ayudar a los pobres y enfermos; dirección espiritual impartida por el párroco.

1877: Reunidos todos los ahorros conseguidos en 11 años de enseñanza, Magdalena entrega a su madre el regalo que siempre ha soñado hacerle: una casita. Y a continuación tiene el valor de manifestarle el deseo que desde hace tiempo lleva clavado en su corazón: ser religiosa. Su madre la abraza por el regalo, pero llora a causa de su decisión.

En 1870 Magdalena está en Turín y va a ver a Don Bosco. A las pocas palabras, el santo se da cuenta de la mujer excepcional que la Virgen está regalando a la joven familia de las Hijas de María Auxiliadora.

Magdalena entra en Mornés a los treinta y un años. Todavía dispone de otros treinta. Media vida para gastar. La exprimirá como un racimo maduro, hasta la última gota.

Llega a Mornés. Está predicando los ejercicios espirituales Don Bosco, el que había dicho a las primeras FMA: "Son pocas, pero las cosas cambiarán. Tendrán tantas alumnas y postulantes que no sabrán dónde colocarlas". Está madre Mazzarello, que desde ese momento la apreciará siempre. Se encuentra sobre todo con una sorpresa: descubre que el sistema salesiano de educar a la juventud es el que ella ha estado usando desde hacía dieciséis años.

1879: primera consagración a Dios mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia. 1880: consagración definitiva con los votos perpetuos.

Madre Mazzarello, que está viviendo el último año de su vida, la hace formar parte del consejo de la casa. La espiritualidad concreta de sor Magdalena, unida a su despierta inteligencia, da una mano para construir aquel "montaje" de tradiciones educativas que las FMA llevarán por todo el mundo.

1881: la obediencia destina a sor Magdalena a abrir la tercera obra de las FMA en Sicilia. La acompañan dos hermanas y una novicia. La gente no simpatiza con aquellas religiosas "extranjeras". Sor Morano sonríe: 15 años atrás le había sucedido lo mismo en Montaldo. Emplea la misma táctica defensiva: entregarse a las muchachas, vivir para ellas juntamente con las hermanas. Después de dos meses puede escribir en una carta: "Además de las internas, hemos abierto un taller para las externas, ricas y pobres, y esperamos enseñarles el catecismo los domingos en nuestra capilla. Las pobrecitas acuden con una ansiedad encantadora: hasta los adultos, que se creen seres sobrenaturales, nos escuchan con hambre espiritual. Un año después, la obra de las FMA abarca oratorio festivo, colegio, internado, escuelas municipales.

Los resultados de la obra son espléndidos. Los obispos de la isla se disputan a las FMA para sus propias diócesis. Tras cuatro años de "milagros sicilianos", llaman a Sor Magdalena a Turín. La casa de Turín se convierte en casa inspectorial, y designan a sor Magdalena para dirigirla. Pero las cosas cambian rápidamente. Su sustituta en Sicilia está agotada, también las otras directoras de las obras sicilianas. Vuelven a mandar a sor Morano, con un cargo más: directora e inspectora.

Al final del 1900 se derrumbó. Desde hacía tiempos padecía de cólicos y de fastidiosas náuseas. El doctor, dijo que ocho tumores benignos habían atacado el intestino, reduciendo nueve décimas partes de su capacidad de asimilamiento, y produciéndole intensos dolores. A sor Genta, que acompañaba a sor

Morano, le preguntó aparte el doctor. "¿Tiene arrebatos de cólera? ¿Desvaría?". Sor Genta se cae de las nubes: "Es la persona más amable que conozco". "¡Qué extraño!" – concluye el doctor-. Con este mal en estado avanzado debería encontrarse desesperada, podría hasta enloquecer."

Había continuado con su simpática alegría, hasta jugando con las niñas en el patio. El derrumbamiento de 1900 pareció que era definitivo. Fiebre altísima y dolores tremendos. Logra decir a las hermanas: "Jesús sufrió más que yo". A mediados de noviembre supera la crisis, y sor Magdalena puede levantarse de nuevo, y bromear sobre la mala hierba que nunca muere.

En los años siguientes los dolores la acompañan constantemente, pero también la sonrisa. Y profundiza sobre su amistad con el buen Jesús, con quien pasa las horas que los dolores roban al

Emplea la misma táctica defensiva: entregarse a las muchachas, vivir para ellas juntamente con las hermanas.

sueño. A una hermana que también sufre, le describe: "Pide la gracia de llevar con paz, día y noche, la cruz, tomándola de la mano de la mano

del buen Jesús y no de las criaturas. Verás que te encontrarás mejor".

En marzo de 1908 el mal se ha hecho inaguantable. Las hermanas ven a sor Morano pálida, sacudida por la fiebre. Sor Morano "siente" que se está muriendo. En la noche del 24 de marzo viene el médico y es brutal: "¿Por qué me llaman por una muerta? No hay ninguna esperanza". El dolor es terrible, y hay pocos calmantes. Las últimas horas se las pasa musitando: "¡Jesús, no me abandones! ¡Todo como lo quieras tú!".

